

# Preteritos del amor

Mucho se ha escrito en materia de amor. Y sin embargo este tema tan discutido como enérgicamente zaleado de manera teórica o en novelas que se hicieron inmortales, permanece en las insondables profundidades de la vida humana.

¿Quien, por ejemplo, es capaz de bucear en el corazón de una mujer o de interpretar con claridad su peculiar lenguaje, mezcla de la palabra con el suspiro o el aliento, sumidos en un mar de variables emociones? —¿Quien, por otro lado, será el bobalicón que confiese a las gentes las sensaciones más íntimas, las debilidades o los errores?

Con todo, la familia se funda en el amor y la sociedad en la familia. Esto dicho, cabe considerar que los que no han soñado alguna vez en compañía de los trovadores; que no sintieron agitada su alma por misterioso poder; los escépticos y materialistas, detractores del matrimonio, templo vivo donde arde la llama de Dios, no pueden ser buenos cristianos. Luego, el verdadero amor que espiritualiza las ideas materiales reside y prevalece en el matrimonio.

Las páginas de la historia nos pintan con harta frecuencia un mundo inconstante y mentiroso. Reiteradamente se ha afirmado también que el amor es una engañifa como tantas otras de la vida; que, en el sentido moral, va decayendo en medio de los avances materiales e intelectuales de la humanidad, como si el dominio del alma disminuyera al paso que el progreso adelanta y se desarrolla. Pero, quien, en suma es capaz de dilucidar; quien se atreve a pronunciarse en materia de amor? ¿No hubo siempre muchas almas del mejor temple?

Teniendo por cosa cierta que el quedar bien nunca está de más; puesta en aquellas mi fe, y en honor de los corazones tiernos apasionados y constantes, voy a reproducir tal cual lo conserva mi memoria cierto relato cuya lectura me cautivó en mi juventud lejana.

Un caballero inglés llamado Dolsey, nacido en el seno de una familia de antiguo abolengo y radiante posición, se jactaba de haber llegado a los cuarenta años insensible a los amores. No creía en la pasión generosa y desprendida; en ese afecto que solo goza el objeto amado, dispuesto por él a los mayores sacrificios. En vano intentaron rendirle las mujeres más be-

llas y graciosas de Londres. Cierta día, llevado al campo por su entrañable afición al ejercicio de la caza, quiso el azar, eso que es costumbre llamar «la pícara casualidad», que clavara los ojos en una rústica casita cuyo aseo proclamaba el decoro y la pulcritud de sus moradores. La pérdida de un pleito había llevado a dos almas solitarias a aquel apartado retiro.

Atraído por un poder misterioso más que por la curiosidad, empezó el caballero a dar vueltas en derredor de la humilde casa guardada por grandes árboles en medio de los campos desiertos, donde quiso Dios que poco tiempo después cesara aquella incrédula rebeldía.

Una hermosa joven, como de veinte años, de ojos azules y cabellos de oro, se asomó por una ventana orlada de enredadera. La fuerza de los encantos que aquella beldad ofreciera a nuestro protagonista le convirtieron en esclavo que no quiere romper las cadenas. Eran efectos del amor, milagro del amor cuya naciente llama había de convertirse en fuego excitado por la fantasía. Y al secreto hechizo siguió una declaración tierna y respetuosa.

—Suspended, señor, vuestra agitación —respondió la hermosa joven— y no esperéis veros correspondido, aunque empeñárais vuestra palabra de casamiento. Segura estoy, además, de que sois merecedor de más venturosa suerte.

Sorprendido de la inesperada negativa pensó el cortés caballero recurrir a la intervención de la madre de su amada.

—Mi madre, señor, le dice Lucía (que así se llamaba la doncella) pudiera manifestaros francamente el motivo de mi resolución que no puede alterarse. Yo quiero y debo vivir siempre soltera. No sería este mi ánimo si me fuera lícito elegir esposo.

—¿Si os fuese lícito? replicó Dolsey. — Os confieso que vuestra madre me dijo que podeis a vuestro arbitrio elegir el estado que os acomode. Tal vez —añadió— no quereis casaros por falta de dote? ¿Sería posible que vuestra escasa fortuna se opusiera a una unión que significa mi única felicidad? Tengo yo caudal para vos y para mí. —

Mas viendo que nada de cuanto decía lograba